

VIOLENCIA-TOLERANCIA EN LA JUVENTUD

©[Artemio Baigorri](#)

Notas de la charla pronunciada en las VI Jornadas de Educación en Valores, Centro de Profesores, Mérida, 18/XI/95

Debo hacer primero unas acotaciones sobre el título de la ponencia, que no es desde luego el que yo tenía previsto. Tras conocer el programa he debido hacer unas adaptaciones de última hora, en realidad una total reconversión de la conferencia que tenía prevista. Por ello no voy a desarrollar una idea, en torno a un problema concreto, sino que voy a apuntar una serie de cuestiones que entiendo fundamentales en torno a esa dicotomía que se enuncia, violencia-tolerancia. Sobre esas cuestiones será más fácil, por lo demás, establecer un diálogo posteriormente.

Sin embargo, no puedo plantear estas cuestiones desde el punto de vista de la ética, ni siquiera de la filosofía, sino desde la perspectiva sociológica. Es decir, y en relación a la cuestión que nos ocupa, puede interesarme conocer hasta qué punto los jóvenes son tolerantes o violentos en la sociedad española; qué procesos sociales están en la base, en mi opinión, de esa realidad; y qué mecanismos hay disponibles para que la tolerancia - que bajo el criterio sostenido en estas jornadas es una actitud positiva- crezca en nuestra sociedad.

No obstante, es preciso que apuntemos de partida algunas notas sobre el propio concepto de tolerancia, para la discusión. Pues se trata de un concepto ambiguo. Así, asistimos en nuestras sociedades desarrolladas y democráticas y una creciente extensión de la tolerancia, que no es sino el respeto a la libertad de vida y de pensamiento; sin embargo, vemos también cómo sobre la tolerancia formal se superponen factores de segregación ideológica, política, social y económica, que podríamos agrupar bajo la denominación de *intolerancia latente*. No invento nada nuevo al apuntar estas cuestiones, pues hace décadas que la sociología crítica ha puesto de manifiesto estas digamos que contradicciones de las sociedades democráticas. ¿Cómo actúan esos factores de *intolerancia latente*? Pues mediante un proceso de filtraje y selección muy afinada de las ideas que circulan en la sociedad. Desde el sistema de selección del profesorado a todos los niveles -tanto el escolar como, de forma más burda, el universitario-, hasta los mecanismos de creación de la opinión pública, potenciando a unos creadores de opinión en detrimento de otros. De esta forma se da un *respeto democrático* a todas las personas, pero se limita sutilmente el acceso a los mecanismos de creación de la conciencia colectiva a aquéllos que proponen sistemas de pensamiento, estilos de vida, formas de organización y sistemas de producción que no coinciden con lo establecido.

En suma, lo que quiero proponer es que el concepto de *tolerancia* no es un concepto absoluto, definido de una vez para siempre. Es un concepto que, al menos en términos sociológicos, contiene grandes dosis de relatividad.

LA TOLERANCIA DE LA JUVENTUD

Volviendo a las tres cuestiones planteadas. Sobre la primera cuestión no hay mucho que decir, Creo que la juventud española es cada vez más tolerante. Para mí es sobre todo una creencia, basada en mi convicción kantiana de que la Humanidad se hace indefectiblemente cada vez mejor, por obra y gracia de la Razón; aunque también los datos empíricos de que disponemos nos apuntan que la juventud española es cada vez más tolerante. De hecho, en el conjunto del planeta, y a pesar de las apariencias, se produce una sistemática reducción de la intolerancia y la violencia. Aunque de tanto en tanto resurgen oleadas de gritos apocalípticos sobre la violencia, la realidad objetiva es que la violencia se viene reduciendo sistemáticamente en las sociedades humanas.

Sin embargo, tampoco debemos caer en las pinturas paradisíacas. Una encuesta del CIRES (Centro de Investigaciones sobre la Realidad Social), realizada en junio de 1993, mostraba que un 17% de los jóvenes españoles de entre 18 y 29 años se mostraban en desacuerdo o muy en desacuerdo con esta frase: *"Todo el mundo debería poder expresar sus opiniones independientemente de su contenido y del lugar donde se expresen"*. Pero lo más significativo es que esos porcentajes de intolerancia eran muy superiores a los de la población de más de 50 años, donde el porcentaje total de desacuerdos era de un 12%, y más aún respecto de la generación inmediata a la de los jóvenes. Entre la población de 30 á 49 años sólo un 10% mostraban algún grado de desacuerdo con esa frase. Es decir, los jóvenes se manifiestan mayoritariamente como tolerantes, pero aparecen como más intolerantes que sus mayores, especialmente que la que se denomina la *generación de la Transición*. De hecho, la inmensa mayoría de los fenómenos violentos que se producen en España en relación con la intolerancia - incluyendo el fenómeno terrorista- son protagonizados por jóvenes.

Por otra parte, y entramos en una de las primeras cuestiones esenciales de la materia, ese tipo de fenómenos se producen en las ciudades, que constituyen precisamente el medio ambiente perfecto para la tolerancia.

EL FENÓMENO DE LA VIOLENCIA EN EL DEPORTE

Yo he reflexionado un poco sobre el fenómeno de la violencia en el deporte, pues es justamente en el deporte donde con más intensidad se manifiesta hoy la violencia en España y entre los jóvenes. Y no he hallado que ninguna de las explicaciones que la Sociología viene dando sean válidas al ciento por ciento.

La mayor parte de las aproximaciones sociológicas al fenómeno de la violencia en el deporte se basan, directa o indirectamente, en el paradigma estructural-funcionalista sobre la anomia y el conflicto social. Las aproximaciones marxistas parten en realidad del mismo paradigma: dando la vuelta a la teoría de la función integradora del conflicto de Coser, hacen reacer en la violencia ambiental deportiva la función de expresar en términos comunicativos alguna especie de proceso revolucionario, o siquiera reivindicativo, inconsciente, amparados en el aserto de Marcuse sobre la revelión juvenil: *"Si son violentos es porque están desesperados"*. Sin embargo, esta

interpretación, con ser parcialmente correcta, cae por su peso ante el hecho de que no son justamente los sectores más castigados por el capitalismo quienes protagonizan los actos de violencia.

Enfoques más pragmáticos, basados en un paradigma conflictualista de la sociedad, tampoco terminan de ser claramente explicativos, al dejar de lado una cuestión fundamental: que los conceptos de conflicto, violencia y agresión no son sinónimos, aún perteneciendo al mismo campo semántico, ni forman parte de una escalada necesaria. Hay conflictos mucho más importantes en la sociedad que sin embargo no se resuelven mediante la violencia.

En cuanto a las teorías que buscan la explicación en los propios rasgos del juego deportivo, caen en una tautología irresoluble, al afirmar que *hay violencia porque hay violencia*.

He creído que hallamos una explicación más acertada a estos fenómenos si tenemos en cuenta el marco de la teoría de Norbert Elías sobre deporte y proceso civilizatorio. Este autor destaca la permanencia, en las sociedades urbanas y altamente desarrolladas, de grupos sociales -que todos los autores identifican con las clases trabajadoras empobrecidas- entre los cuales valores como la agresividad, el machismo y el liderazgo violento siguen teniendo fuerte peso, y que habrían encontrado en el deporte -primero en el fútbol- un excelente escenario en el que expresarlas.

La aportación teórica que yo he hecho es la de incorporar, a la tesis de Elías, el concepto de urbanización. En mi opinión el alcance explicativo de esa teoría se amplía si probamos a demostrar que esos grupos sociales no se corresponden con el concepto clásico de una clase obrera empobrecida, sino más bien con sectores de inmigrantes rurales, insuficientemente *urbanizados* a causa de la crisis económica de las grandes ciudades. Sectores que, en lugar de *urbanizarse*, han *ruralizado* diversos espacios sociales de la ciudad, entre ellos el deporte y especialmente el fútbol. Si el proceso de civilización, tal y como Elías lo entiende, es un proceso de urbanización, la existencia - en contradicción con el ecosistema dominante- de fragmentos de ruralidad desintegrada en las grandes ciudades supone la permanencia en dichos espacios de esos valores pre-civilizados a que se refiere Dunning.

No se trata, en absoluto, de que los emigrantes hayan arrastrado comportamientos pre-urbanos, pues las grandes ciudades son producto de la emigración ya desde su mismo origen. Ahora bien, las últimas oleadas migratorias se han producido cuando la crisis industrial azotaba a las grandes ciudades, y habrían afectado seguramente a aquellos grupos rurales que, o bien estaban en mejor situación económica en el medio rural - respecto de los primeros protagonistas del *éxodo rural*-, o bien contaban con menos recursos comportamentales -menos decisión, menos preparación psicológica para el éxodo-. Mientras para las primeras oleadas la integración en la ciudad fue, más o menos compulsiva, pero progresiva y en general exitosa, a partir de los años '70 esta integración se ha tornado mucho más difícil, cuando no imposible. Y, del mismo modo que hemos podido encontrar mecanismos de supervivencia de carácter neorural, es probable que, como respuesta al resentimiento hacia una sociedad urbana que no les da lo que les había prometido, que incluso en cierto casos les reduce el status del que disfrutaban en el medio rural, muchos de estos sujetos se refugien en formas culturales que reproducen lo que ellos creen que corresponde a su cultura perdida. Una cultura

rural que, aunque ya desaparecida de la realidad social del campo urbanizado hace décadas en todas las sociedades desarrolladas, sigue presente todavía en la imaginaria popular de los mass media.

Y es con esta imaginaria massmediática con la que estos grupos *reruralizan* su espacio social, implantando sistemas de creencias y de interrelación social preurbanos y en este sentido precivilizados. La recuperación, desde los presupuestos de la denominada *ecología profunda*, de supuestos *valores de la tierra*, pienso que ha contribuido a la popularización de esas actitudes falsamente neorurales.

La importancia de esta interpretación estriba en que, sin dejar la resolución de los problemas al albur de la revolución, tampoco se limita a la demonización -o bestialización etológica- de los violentos, previa a su tratamiento exclusivamente policial, desentendiendo así a la sociedad de su parte de culpa. Como apuntó tempranamente Castilla del Pino, *"el estar resentido sensibiliza al sujeto ante las formas injustas de la sociedad (...). Por otra parte, el progreso conseguido en la estimación de 'cualquier' hombre como 'un' hombre sólo ha podido obtenerse merced al resentimiento"*. Ciertamente el resentimiento, que se manifiesta en la violencia ambiental deportiva, muestra la existencia de sectores con una fuerza que la sociedad debe canalizar en nuevos avances de civilización, que probablemente deban tener en cuenta ciertos *valores de la tierra* reciclables en la civilización urbana y que permitan una mejor integración social. En cualquier caso se trata únicamente de una hipótesis, que habrá que verificar con nuevas reflexiones, y sobre todo investigaciones de carácter empírico.

LA CRISIS DE LAS INSTITUCIONES SOCIALIZADORAS

En buena parte nos encontramos, si atendemos esta tesis, ante un déficit de socialización, es decir de la capacidad de inserción en la sociedad de esos sectores. Y con ello entramos en el segundo bloque de cuestiones que quiero siquiera citar.

Tradicionalmente la Sociología ha considerado como principales agentes socializadores, y por este orden de importancia, a la familia, la escuela, los medios de comunicación de masas, los grupos informales y otros agentes como las ideologías y, sobre todo, la religión. En realidad, al menos desde el siglo XIX la Sociología creía, con Durkheim, que la educación, como nuevo cemento social, sustituiría a la religión como agente socializador, como ha sido en buena parte durante un siglo.

Sin embargo, los principales agentes socializadores han abandonado en buena parte su función socializadora, sin que el vacío haya sido llenado al parecer de forma eficiente.

En lo que se refiere a la familia, los cambios sociales han transformado profundamente a esta institución, modificando o suprimiendo las funciones que tradicionalmente venía cumpliendo, y muy especialmente la de socialización.

Aunque en principio la evidencia nos muestra que la familia sigue socializando a los nuevos miembros de la sociedad, introyectando en sus mentes los mecanismos de pensamiento, los valores que les permitan introducirse en la sociedad, sin embargo habría que atender a dos o tres fenómenos de dirección dispar pero que condicionan fuertemente esta función.

De un lado, la creciente existencia de familias monoparentales, en las que esta socialización será siempre forzosamente incompleta, especialmente cuando haya diferencia de sexo entre el padre/madre y el hijo/hija. El psiquiatra Luis Rojas Marcos ha advertido que *"de hecho, muchos de los males psicosociales que en estos tiempos afligen a tantos jóvenes -la desmoralización, la desidia, la desesperanza hacia el futuro o la violencia nihilista- tienen un denominador común: la escasez de padre"*.

Naturalmente es una interpretación bastante sexista, pues en realidad propone que la moralización, la diligencia, la esperanza y las actitudes pacíficas son transmitidas a los jóvenes por el padre. Y, por lo demás, en muchos casos habría que hablar por idénticas razones de *'escasez de madre'*, por cuanto las familias monoparentales con *sólo padre* son cada vez, aunque todavía escasas, más habituales.

Asimismo habría que hablar del creciente papel de los mass-media como sustitutos de la familia en la socialización, principalmente de la televisión, según cuyos valores y criterios de conducta se rigen cada vez en mayor medida los jóvenes. Hace ya muchos años que se puso de manifiesto que *"los medios masivos de comunicación sirven para reafirmar normas sociales denunciando a la vista del público las desviaciones respecto de dichas normas"*, cumpliendo así funciones obvias de socialización.

Por otro lado, la propia aceleración, y sobreacumulación del conjunto de cambios, provoca una acción sinérgica de tipo entrópico, en lo que a valores sociales y normas de socialización se refiere. No siempre hay coincidencia entre las normas difundidas por los mass-media, con las difundidas por los sistemas educativos, o las difundidas por las religiones, sectas y adscripciones ideo-políticas de los ciudadanos. Ello conduce, en mucha mayor medida que *"el mal uso de los mensajes múltiples que reciben los más jóvenes a través de los medios de comunicación de masas"*, a un estado de confusión y aturdimiento social de la familia como institución socializadora. De hecho, asistimos hoy más que en ningún otro momento de la Historia a la socialización simultánea, aún en áreas geográficas de tamaño reducido, de un excesivo número de subculturas distintas, y a menudo contradictorias. Más allá del cumplimiento de la función de status a que luego haremos referencia, hallamos hoy a familias vecinas de barrio, de manzana, de bloque, de escalera y aún de descansillo, introyectando en los niños y jóvenes normas de socialización absolutamente contrapuestas entre sí.

Si definimos la socialización como *"el proceso por cuyo medio la persona humana aprende e interioriza, en el transcurso de su vida, los elementos socioculturales de su medio ambiente, los integra a la estructura de su personalidad, bajo la influencia de experiencias y de agentes sociales significativos, y se adapta así al entorno social en cuyo seno debe vivir"* (Rocher), resulta en suma difícil seguir afirmando hoy día que dicha función es atendida fundamentalmente por la familia. Sistema educativo, medios de comunicación, dirigentes político-sociales y líderes culturales (desde cantantes de rock a ciclistas) son hoy tan importantes, o más, que la familia.

La propia función de status, complementaria de la de socialización, aunque continúa siendo importante, se viene observando desde hace décadas que esta función es asimismo crecientemente asumida por los mass-media. Siendo también cada vez mayor la participación en esta función del sistema educativo, especialmente sobre la base de la dicotomía escuela pública/escuela privada.

En lo que se refiere a la escuela como institución socializadora, su crisis en este sentido se ha puesto de manifiesto en los últimos años. Las causas son múltiples, y desde luego no creo que haya mucho acuerdo al respecto, pero es evidente que la escuela ha abandonado aquellos contenidos que contribuían a socializar al individuo. Puede considerarse su característica de superestructura del modo de producción; retomando la ya vieja crítica darwinista de Spencer que retomarían los pedagogos sociales americanos, se ha dejado sistemáticamente de lado la formación humanista y en valores, para centrarse casi exclusivamente en la utilidad para atender al suministro de fuerza de trabajo para el sistema productivo. Pero no es menos cierto que la propia crítica de la escuela como institución ha contribuido a esa dimisión de su función socializadora. No hay que olvidar que las bienintencionadas críticas de Ivan Illich contra la escolarización fueron retomadas en un sentido muy distinto precisamente por el neoliberalismo; su propuesta de vales educacionales fue recogida nada menos que por Milton Friedman, y ha sido experimentada por gobiernos municipales conservadores de Estados Unidos e Inglaterra, y ahora mismo la derecha española está discutiendo sobre su posible implantación en España. La crítica de la escuela como una institución represora ha llevado a los profesionales al desánimo, un desánimo agudizado por la propia crisis económica del sector, al descender drásticamente la natalidad. Y se ha pasado de la Formación del Espíritu Nacional a la defensa de las focas, o a la nada. El Estado, que se erigió en el siglo XIX como institución encargada de la construcción del ciudadano republicano a través de la educación, ha hecho en España una dejación absoluta de sus funciones.

En suma, se ha dado un abandono del papel socializador por parte del Estado. De las diversas funciones que desarrollaba la escuela, hoy se reduce a la de parking infantil y a la de asignación y selección de capital humano. Los sucesivos planes de educación han optado por la línea del ultraliberalismo y del darwinismo social; por una educación utilitarista orientada a atender única y exclusivamente al sistema productivo.

Se ha mitificado a la sociedad civil, confiando en que ella haría el resto. Pero la sociedad civil, a pesar de los sueños libertarios de la pequeña burguesía, es únicamente una selva en la que prima la ley del más fuerte. La sociedad civil no son sólo las ONGs, sino también la banca, el corporativismo, la mafia, y las estructuras ocultas de poder.

Y la familia, según hemos visto, ya no estaba, porque precisamente estaba trabajando. Y los abuelos, los grandes agentes de la socialización, andaban aparcados en sus pueblos o en las residencias.

QUIÉN RIÑE A LOS JÓVENES

De todas formas, no querría terminar sin aportar otra cuestión importante para la discusión. Y para ello volveremos a los propios jóvenes.

En 1900 la esperanza de vida de los españoles estaba en poco más de los treinta años. En 5.000 años apenas había aumentado en unos diez años. Las gentes que hoy tienen esa edad decimos que son jóvenes, y efectivamente lo son porque por término medio les quedan por delante cincuenta años de vida. Y lo son porque en un elevadísimo porcentaje a esa edad todavía no han cumplido ninguno de los ritos de paso a la madurez: ni se han emparejado, ni han tenido hijos, ni han empezado a trabajar. Pero no porque el país esté muy mal, como a diario nos machacan los predicadores mediáticos,

sino porque estamos muy bien. Porque a esa edad, en muchos países del mundo, la gente ha dado ya todo lo que puede dar de sí y se prepara para irse al otro mundo.

Y esa juventud se ha acostumbrado a estar bien. Muy bien, y les cuesta enfrentarse a la realidad del acto final de la socialización, que es la integración en la sociedad como adultos. Y nadie se atreve a decírselo, porque la propia escasez de jóvenes por la caída de la natalidad los ha convertido en un recurso escaso, lo que hace que se les mime en exceso (no es vanal recordar aquí el elevado porcentaje que ya existe en España de jóvenes que han crecido como hijos únicos). Ni la familia, ni la escuela, ni la iglesia, ya ni la bestia negra del ejército, nadie se atreve; de ahí que falten criterios éticos y valores a los que agarrarse. Queda la televisión, que potencia ciertos valores, y sobre todo la publicidad, televisiva y radiofónica, que es el espacio de comunicación y socialización más efectivo en la actualidad, pero que socializa en la competitividad y la persecución del éxito económico y del poder. Y, desde luego, la búsqueda del poder es la principal causa de la violencia.

Para terminar esta caótica y apresura exposición, plantearía cinco a modo de hipótesis de trabajo.

1. La Humanidad camina hacia la desaparición de la violencia como forma de resolución de los conflictos.
2. No son las ideas las que provocan la violencia, sino que las ideas terminan con la violencia
3. La razón ha sido el camino para superar la agresión
4. La educación debe introducir valores, pero sólo puede introducir los valores aceptados en cada época. Lo que sí puede introducir siempre es racionalidad, conocimiento racional. La lucha contra la irracionalidad, los atavismos, el culto a la tierra, al terruño, es el objeto de la educación.
5. La URBANIDAD, tan denostada, debe recuperarse. Porque la urbanidad no es sino la urbanización, la racionalización frente al imperio de las pasiones. La urbanidad no es sino la constatación de que vivimos en espacios de elevada densidad social y que es preciso tolerar al resto de los pobladores siguiendo unas reglas mínimas para no molestarles. La urbanidad es la base de la tolerancia.

[Página Principal](#)